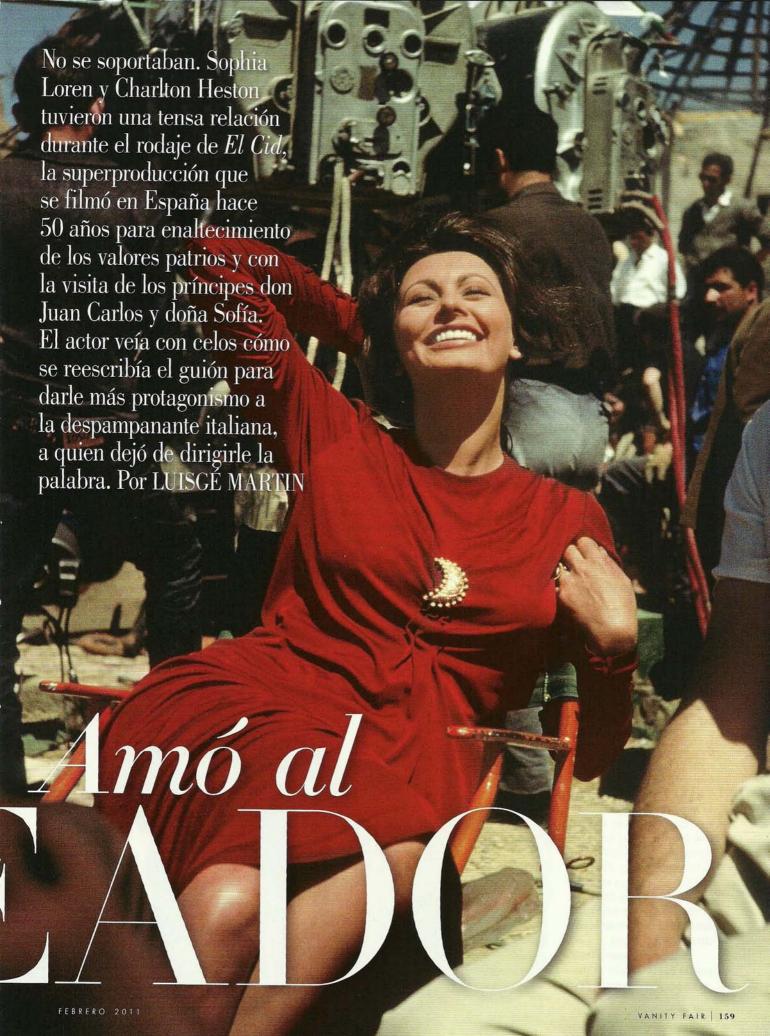
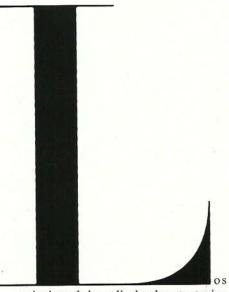


158 VANITY FAIR





guionistas de las películas de antes tenían una sensibilidad extraña para las florituras verbales y para la solemnidad emotiva. Conseguían las lágrimas metafísicas del espectador. En una de las escenas de El Cid, cuando el héroe acaba de matar al padre de su amada en un duelo, va al aposento de ella a explicarle que no quiso hacerlo. "Sé que mi amor no tiene derecho a seguir viviendo", dice Charlton Heston, "pero no quiere morir". "Mátalo", le pide Sophia Loren entonces. Él, con furia, le replica: "Mátalo tú. Dime que ya no me quieres". Entre los actores no hubo amor durante el rodaje, pero sí una rivalidad que habría inspirado diálogos parecidos.

El productor norteamericano Samuel Bronston, el artífice de El Cid, había

quedado fascinado por las posibilidades estéticas del paisaje español al ver Bienvenido, Mr. Marshall, de Berlanga. Y, seguramente, había quedado más fascinado aún por la posibilidad de rodar grandes superproducciones a un coste mucho menor que en Hollywood. Vino a España y comenzó a urdir lo que acabaría llamándose -en un país de industria raquítica- el imperio Bronston. En 1959 rodó John Paul Jones, dirigida por John Farrow, y en 1961, con Nicholas Ray detrás de la cámara, Rey de Reyes, una fastuosa recreación de la vida de Jesús de Nazaret.

En todo ese tiempo, Bronston no había dejado de pensar en un proyecto que a su juicio contenía todos los ingredientes de la perfección: la épica soberbia, la grandeza dramática y la espiritualidad castellana que tanto le gustaban. La historia del héroe medieval español Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. El productor español Cesáreo González, que trabajaba desde hacía tiempo en una película sobre el Cid, había pensado en Paco Rabal para el papel. Pero Bronston compró los derechos del proyecto y llamó sin dudarlo a Charlton Heston, que por aquel entonces ya era una estrella rutilante gracias a películas como Los diez mandamientos o Ben-Hur.

Años antes, Bronston había conocido en Los Ángeles al productor italiano Roberto Haggiag. Se había hecho amigo suyo, le había robado a su mujer y finalmente se habían asociado para producir películas. Será Haggiag quien le sugiera el nombre de Sophia Loren para interpretar a doña Jimena, a pesar de que se había tomado en consideración la posibilidad de que el papel lo encarnara Sara Montiel, que estaba en el apogeo de su belleza y que acababa de casarse con el director de la película, Anthony Mann.

Las autoridades españolas dieron todas las facilidades para que ese imperio de Bronston campase a gusto en nuestras tierras y llevara a los confines del mundo el mensaje de que España era una especie de tierra prometida. El Gobierno puso a disposición de los productores todo el patrimonio español, 1.500 castillos y objetos militares del Ejército. Mandó a los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía a confraternizar con los actores. Y llegó a un acuerdo para que las tropas españolas colaborara en el rodaje, aunque fuera vistiendo ropas musulmanas: las grandes escenas de batallas, y sobre todo las de la playa de Peñíscola, están llenas de soldados de reemplazo. Algunos de los efectos de aquel particular nacionalismo cinematográfico duran hasta nuestros días: fue al hilo de la película cuando en Toledo comenzaron a venderse reproducciones de la espada del Cid.

o es fácil averiguar en qué momento de todo el proceso empieza la guerra del guión y cuáles son todos sus tentáculos. En aquella España del franquismo árido, en la que las virtudes del Cid eran

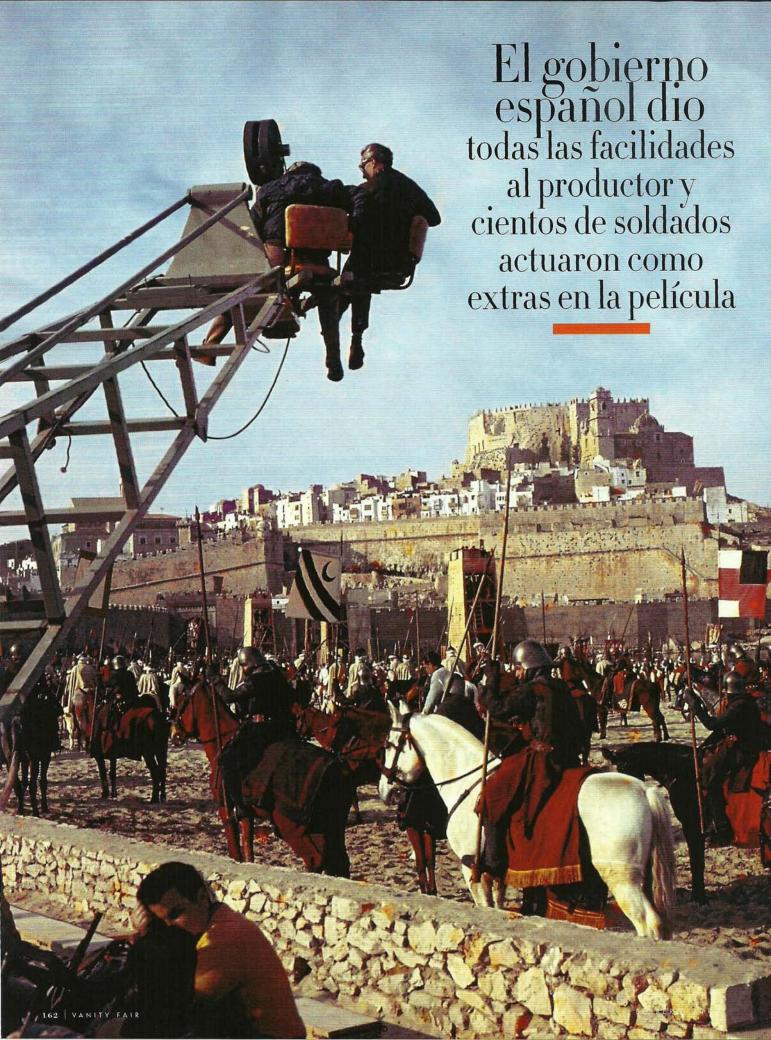
aquella España del franquismo árido, en la que las virtudes del Cid eran el símbolo mismo de la patria, no podían existir deslices que desvirtuaran su figura. Por eso una de las primeras cosas que hizo Bronston fue concertar una reunión entre el anciano Ramón Menéndez Pidal —el guardián de las esencias del Cid— y el actor que lo encarnaría. La cita resulta enternecedora: el sabio de 91 años y la estrella de Hollywood, unidos para rendirle justicia a Rodrigo Díaz de Vivar. Bronston consiguió lo que deseaba. Ese cortejo le granjeó las simpatías del filólogo que, a pesar de las evidentes falsificaciones >

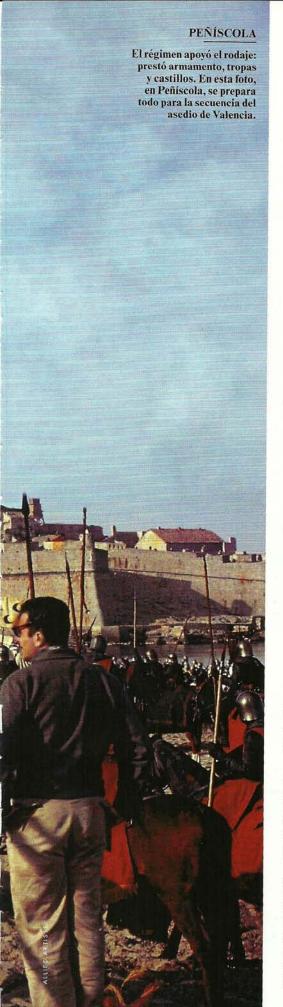


VIDA FAMILIAR

Un fotograma de Sophia Loren caracterizada como doña Jimena. En la otra página, la esposa de Heston, Lydia Clarke y su hijo Fraser durante el rodaje.

Para interpretar a doña Jimena se pensó en Sara Montiel, que estaba en el apogeo de su belleza y se había casado con el director





históricas del guión, acabó dando su aprobación e incluso asistió al rodaje. En una pintoresca fotografía se le ve junto a Charlton Heston, en cuyo puño hay un halcón que comienza a volar, y a un jovencísimo y desconocido naturalista que se encargó de asesorar en las artes de la cetrería durante el rodaje: Félix Rodríguez de la Fuente.

Pero si la primera batalla del guión fue científica, en busca de la perfecta combinación entre historia, drama y espectáculo cinematográfico, las siguientes fueron a causa de ese curioso sistema de egolatrías y de equilibrios que gobierna el cine de Hollywood. A Heston no le gustaba el guión. Firmó el contrato poniendo como condición que se reescribiera. Se retocó interminablemente para satisfacerle, pero sin éxito. Al final se dejó convencer por Bronston y se entregó al personaje sin más quejas.

Sophia Loren tampoco le gustaba el guión. En las primeras versiones, centradas en la aventura guerrera del Campeador, el personaje de doña

Jimena era al parecer secundario: una esposa abnegada que le acompaña desde lejos y sufre en soledad. Ése fue el papel que ella aceptó con gusto. Pero al llegar a España para el rodaje, según algunos testimonios, ocurrió algo inesperado que cambió el rumbo de la película: a Sophia Loren la ataviaron de doña Jimena y la llevaron al set. Al verla aparecer se produjo un silencio de admiración. Antonio Mayans, un joven actor que estaba en el plató, recuerda con emoción el momento, 50 años después: "Entró saludando a todos, derrochando simpatía", dice. "Era bellísima. Exageradamente bella".

Y esa belleza formidable fue la que cambió el curso de la película. Se volvió a reescribir el guión para darle a doña Jimena un protagonismo mayor, todo ello bajo la celosa mirada de Heston que, al margen de otras disconformidades, veía peligrar su luminosidad.

Mayans era por entonces un joven actor que había participado ya en las películas anteriores de Bronston en España. En El Cid tenía por primera vez un papel importante. Debía interpretar a un moro de las huestes de Valencia que defienden la ciudad asediada por los cristianos del Campeador. En una rocambolesca peripecia, se rebelaba contra su jefe musulmán y se alia-

ba con el Cid, quien le entregaba 40 mulas llenas de comida para saciar el hambre de los atrincherados. El joven Mayans entraba en Valencia con las mulas, repartía los alimentos y conseguía sublevar a la ciudad para entregarla al Cid.

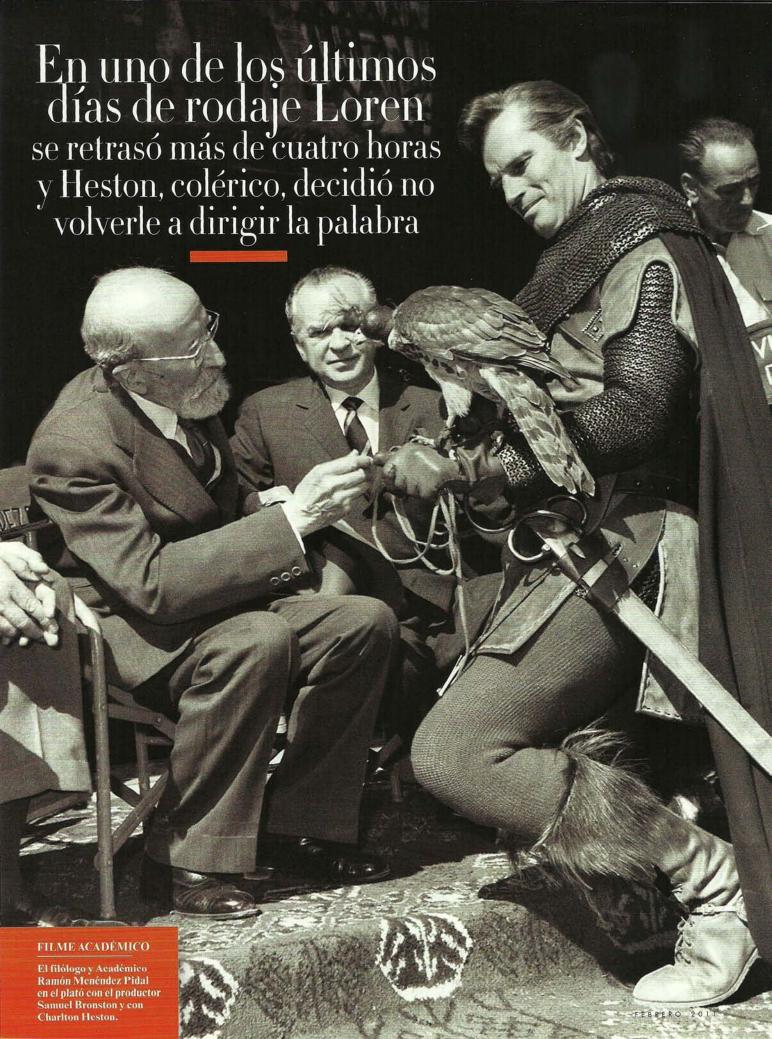
Nada de eso aparece en la película. En el guión definitivo, toda esa serie de secuencias son sustituidas por otra escena en la que las huestes del Cid lanzan con catapultas hogazas de pan por encima de las murallas y el pueblo valenciano, famélico y agradecido, se rinde. Lo que iba a ocupar 15 minutos de metraje se resuelve en realidad con tres. El resto del tiempo había que consagrárselo a Sophia Loren. "Cuando la vi la primera vez y me quedé boquiabierto, no me di cuenta de que esa mujer iba a ser mi ruina", dice Mayans con ironía. "Pero no por amor, sino porque el espacio de mi personaje se lo comió ella".

Éste es sólo uno de los ejemplos del rumbo que tomó el guión, sobre el que cada vez había más manos trabajando. Lo que iba a ser una película de aventuras, un western medieval, empezó a convertirse en un filme con resonancias sentimentales. Y fue entonces cuando intervinieron el orgullo y la casta de Sophia Loren. Ella, que había aceptado participar en El Cid con un personaje menor, estaba encantada de que ese papel se ampliase, pero no a cualquier precio. No quería ser una actriz florero, de modo que se negó a algunos planteamientos que la convertirían en una mera sombra de Charlton Heston. La Loren dijo que quería médula dramática, sustancia emocional, conflicto, y que si no lo había abandonaría la película. La amenaza debió ser tomada en serio, porque los productores llegaron a contactar con Jeanne Moreau, que acababa de triunfar en Cannes.

Después de la tormenta vino la calma. A pesar de la vigilancia científica de Ramón Menéndez Pidal y de su hijo Gonzalo, que figura en los títulos de crédito como asesor histórico, los guionistas optaron por afrancesar la película y usar como fuente de inspiración la obra de teatro de Pierre Corneille, donde aparece el episodio en el que Rodrigo Díaz de Vivar, para defender el honor de su padre, mata en duelo al padre de Jimena, que a partir de ese momento debe conjugar su amor apasionado y su necesidad de venganza. Sophia Loren está a la altura del desafío: su atormentada mirada en el combate de Calahorra o su gesto vesánico cuando acepta la propuesta de Raff Vallone para asesinar al Cid son algunos de los mejores momentos interpretativos de su carrera.







JAIME PATO

Aunque nunca sabremos cómo habría sido la película con ese otro guión más guerrero y espectacular, lo cierto es que una de las grandes virtudes de El Cid es su capacidad de combinar lo íntimo con lo aparatoso, la sutileza de las emociones con la grandiosidad visual de las escenas de acción. Pone en juego pasiones extremas que conmueven al espectador. La lucha de doña Jimena entre la venganza y el amor, la lealtad imposible de Rodrigo a un rey vanidoso y prepotente o la perfidia -perfumada de incesto- de doña Urraca y Alfonso en la traición a su hermano Sancho son cartas dramáticas de alto vuelo.

harlton Heston
no era en aquella
época el ogro reaccionario en que
se convirtió en
sus últimos años.
Vino a España
acompañado de
su mujer, Lydia
Clarke, y de sus

dos hijos. Los habitantes de Peñíscola, donde se rodó una gran parte de la película, lo recuerdan como alguien de trato agradable, campechano y sencillo. Se le podía ver en las playas montando a caballo, una de sus aficiones favoritas, y en las calles del pueblo paseando con sus hijos y comprándoles un helado. Los paisanos de Torrelobatón, otro de los escenarios del filme, coinciden en el juicio favorable a la estrella: "Era un señor de primera".

Su relación con Sophia Loren, sin embargo, no fue tan idílica. El trato entre ambos, frío desde el principio, fue agriándose con el paso de las semanas. Quizá contribuyeron a ello los aires de diva de la italiana, que además de un sueldo nada pequeño había exigido en su contrato una peluquera con un salario semanal de 200 dólares (12.000 pesetas de la época). Sus maneras, además, no eran al parecer muy deferentes. Sophia llegaba cada vez más tarde a los rodajes, y su impuntualidad enfadaba a Heston. Pero había una cosa que le sacaba de quicio: la resistencia de la Loren a que el paso del tiempo se reflejara en su personaje. En efecto, podemos ver cómo Rodrigo Díaz de Vivar, que al comienzo de la película es joven y apuesto, va envejeciendo. A mitad del metraje, se le ve ya maltratado por la edad y por las guerras, con una barba descuidada y una gran cicatriz que le corta el rostro. Doña Jimena, en cambio, parece haber estado conservada en el formol de la espiritualidad: su belleza permanece intacta

y luminosa. Los amantes casi parecen ahora padre e hija, lo que a Heston, incorregible presumido, no debía de gustarle nada.

En Peñíscola, en uno de los últimos días de rodaje, el retraso de Sophia Loren fue de más de cuatro horas, y Heston, colérico, tomó la decisión de no volverle a dirigir la palabra. Ese día, sin embargo, no se notó mucho el enfado, porque rodaban la escena en la que al Cid, ya muerto, lo colocan sobre el caballo y lo sacan en procesión para que su presencia dé ánimos a las huestes: ella, enlutada, aguarda al pie del caballo a que le compongan la capa y le despide silenciosamente; él, muerto, rígido, cabalga dócilmente.

A Charlton Heston le quedó al menos el consuelo de cumplir con su rito de aparecer medio desnudo para exhibir sus portentos. Orgulloso de su cuerpo musculado, narcisista pertinaz, hacía incluir en sus contratos una cláusula en la que se le reconocía el derecho a enseñar carne en las películas. Es célebre aquella secuencia de El Planeta de los Simios, pocos años más tarde, en la que a Heston se le cae accidentalmente el taparrabos con que va vestido para que sus glúteos, cincelados como piedra, puedan ser admirados. En El Cid tuvo que conformarse con una exhibición menos esplendorosa, pero consiguió que sus velludos pectorales, heridos por una flecha, lucieran sobradamente en las últimas secuencias.

Duelo de Divos

Quizá como resultado también de esa enemistad entre las dos estrellas, hubo que rodar una de las secuencias con los actores separados. Se trata del momento en el que, justo antes de iniciar la batalla definitiva contra los musulmanes, los amantes, abrazados, hablan del valor necesario para soportar eso y él le promete a ella que después de ese combate vendrá la paz y podrán estar juntos. La secuencia, rodada en planos y contraplanos muy cercanos, impide advertir que el pecho al que está pegada una doliente Sophia Loren no es el de Heston y que el cabello en el que apoya su barbilla él no es el de la Loren. Es, sin embargo, una de las escenas más emotivas de la película y sirve con elocuencia para ver el tremendo y hermoso engaño que es el cine.

La historia de amor de doña Jimena y Rodrigo Díaz de Vivar, con el celestinaje de Samuel Bronston, acabó aún peor de lo que los acontecimientos de Peñíscola hacían presagiar. La italiana, que ese mismo año había rodado con Jean-Paul Belmondo *Dos mujeres*, de Vittorio de Sica, ganó el Oscar por esa película, en la misma ceremonia en la que *El Cid*, que competía en las categorías de dirección artística, banda sonora y canción original, se quedaba sin premios.

l Cid había sido estrenada en Estados Unidos en diciembre, pero la explotación comercial de las películas en aquellos tiempos duraban meses e incluso años. An-

tes de convertirse en la primera mujer que ganaba un Oscar por una película de habla no inglesa, Sophia Loren, envanecida por su fama mundial, demandó a Bronston a causa de los tamaños de los letreros luminosos que anunciaban el film. En enero, la revista Time publicó un artículo en el que comentaba la demanda: "En un inmenso cartel publicitario orientado al sur sobre Times Square, el nombre de Sophia Loren aparece en letras luminosas que pueden ser vistas desde los barcos que llegan a la ciudad, pero -joh madre mía!— ese nombre está por debajo del de Charlton Heston". Y esa afrenta podía tener graves consecuencias para la actriz, según el texto de la demanda: "Si a los demandados - es decir, a Bronston - se les permite poner el nombre de la declarante por debajo del de Charlton Heston, entonces ocurriría que el estado de la declarante sería considerado inferior al de Charlton Heston. . . Es imposible determinar o siquiera estimar el alcance de los daños que la demandante sufriría".

En España, la película se estrenó poco después de la fecha americana, el 27 de diciembre, en el cine Capitol de Madrid. Las crónicas de los periódicos confirmaban el espíritu de hazaña nacional con que se había vivido el rodaje. "Se debe el éxito de El Cid, en considerable proporción, a la fotografía de castillos y murallas de la España del Medioevo y a nuestros paisajes", decía ABC el 31 de diciembre. Faltaban, eso sí, los paisajes verdaderos del Campeador, pues no se rodó nada en Burgos. Charlton Heston fue a visitar la ciudad y declaró: "Habría sido imposible para mí marcharme de España sin visitar la tierra del Cid". Bronston no se marchó nunca: está enterrado en Las Rozas. Y la luz de Sophia Loren, convertida ya en gran estrella, estará siempre unida a ese papel. Como le dice al Cid en una de las últimas escenas: "Quiero vivir contigo para siempre".